

SENABRE, Ricardo. *El retrato literario (selección, estudio y notas)*. Salamanca: Ediciones Colegio de España, 1977. 186 pp.

No es ésta la primera vez que el profesor Ricardo Senabre se ha interesado críticamente por la técnica del retrato literario. Quizá convenga recordar aquí el magistral comentario del retrato de un personaje de *Tirano Banderas*, el coronelito Dominicano de la Gándara, que publicado en 1974 en *El comentario de textos, 2 (de Galdós a García Márquez)* (Madrid: Castalia, pp. 137-154), se reproduce oportunamente como apéndice del libro que reseño, *El retrato literario*. En éste, Ricardo Senabre recorre la teoría antigua y medieval sobre el retrato y selecciona abundantes textos que son, en su conjunto, una verdadera serie diacrónica que permitirá estudiar la técnica del retrato en cada época y su evolución a lo largo de la historia de nuestras letras.

En la antigua retórica el retrato era una de las formas de la *descriptio*, "procedimiento lingüístico para hacer ver lo que no está presente" (p. 9), según recuerda el profesor Senabre, que alude a las diferencias entre *topografía* o descripción de un lugar, *cronografía* o descripción de circunstancias temporales y retrato o descripción de un personaje. Cabrían aún más modalidades, si hacemos caso a Prisciano en sus *Praeexercitamina*, de comienzos del siglo VI. De igual forma, Ricardo Senabre acude al *De inventione* ciceroniano para indicar los rasgos que debía tener un retrato completo, que pueden resumirse diciendo que hay que "detallar los rasgos físicos, pero sin omitir los rasgos psicológicos, el temperamento y la mentalidad del personaje" (p. 10), lo que origina la diferencia entre la *prosopografía* (predomina la descripción física) y la *etopeya* (predominio de los rasgos anímicos y espirituales). Lo normal es que ambas modalidades aparezcan mezcladas, como Senabre ejemplifica oportunamente. Junto a Cicerón, los tratadistas Horacio, Quintiliano y la *Rhetorica ad Herenium* proporcionan, en la antigüedad clásica, las bases de la enseñanza difundida en los distintos centros de estudio a lo largo de la Edad Media. Indica Ricardo Senabre que "los tratadistas medievales prolongaron, ampliando y matizando algunos aspectos, las aportaciones clásicas" (p. 11). A fines del XII, Matthieu de Vendôme, en su *Ars versificatoria*, convirtió en norma, en precepto, lo que en Horacio y Quintiliano eran recomendaciones o sugerencias (por ejemplo, que se respetaran los caracteres esenciales de personajes conocidos, como Aquiles o Medea); de esta forma, el retrato condujo al arquetipo más que al individuo: "De ahí que, sin apenas excepciones, los retratos medievales respondan a esquemas previos y parezcan en muchos casos intercambiables" (p. 12). Vendôme recomendaba incluso aprender de memoria los modelos, lo que hará que el retrato literario según moldes convencionales dure hasta bien entrado el Renacimiento. Junto a esta primera rigidez operó en la Edad Media otra: la de que los rasgos físicos obedecen en la descripción a un orden preconcebido, de arriba a abajo. Los ejemplos son incontables y Senabre señala algunos bien conocidos, como la descripción que de Melibea realiza Calixto en el acto I de *La Celestina*. Si en esto, es decir, en el orden de los elementos, el retrato se supeditó durante siglos a un canon retórico, hay otros aspectos (ser flaco o grueso, alto o bajo, tener o no la nariz chata o larga, etc., que se sometieron a un régimen de "creencias" propias de una determinada visión del mundo, por ejemplo, las referidas a la correspondencia entre el aspecto externo de la persona y su temperamento, que son las que estudia el profesor Senabre, indicando su reflejo en el refranero y en dichos de nuestros días ("la cara es el espejo del alma"), y

ejemplificando con los rasgos con que Quevedo caracteriza al dómine Cabra. No podemos detenernos aquí en la documentadísima exposición del porqué de cada uno de los rasgos de la fisonomía del dómine; resumamos diciendo que su pelo es bermejo o su cabeza pequeña no casualmente o por mera ocurrencia del escritor barroco; tal caracterización responde a creencias y convenciones que atribuyen al pelirrojo muy variados vicios y mala fama, y a los hombres de cabeza pequeña, poco juicio. En suma: "además de los posibles modelos específicamente literarios que pueden rastrearse en la elaboración del texto, hay otros estímulos, menos familiares y perceptibles para el historiador de la literatura, que se derivan de un conjunto de creencias antropológicas transmitidas por conductos diversos que guían la mano del escritor" (p. 22). Es algo que el profesor Senabre nos muestra y demuestra con otros retratos debidos a la pluma de Cervantes o a la de Baroja, a pesar de que falte aún una historia del retrato literario, de su evolución y desarrollo, en paralelo con el progreso de las teorías antropológicas. Pero aquí, en este estudio de Senabre, pueden estar los cimientos, así como en su artículo titulado "la cara, espejo del alma. (Retrato literario y saberes antropológicos)", que en el momento de redactar esta reseña está aún en prensa.

Tras el estudio, la antología, que recorre la larga etapa del retrato literario desde la Edad Media a nuestros días, en toda su variedad, en prosa y en verso, de personajes ficticios e históricos, serios y caricaturescos, con el fin de que sea útil en la enseñanza de esta técnica retórica y de su evolución a lo largo de los siglos. Ahí encontrará el lector retratos clásicos extraídos del *Libro de Buen Amor* y de *La Celestina*, de la pluma de Cervantes y de Quevedo, de Torres de Villarroel y del padre Isla, de Galdós y de Pardo Bazán, de Clarín y Baroja... Pero también de autores "menores", como Díez de Games, Maldonado (s. XV), Eugenio de Salazar (s. XVI), Fernández de Velasco (s. XVIII), etc., etc.

José Enrique MARTÍNEZ FERNÁNDEZ

FERNÁNDEZ, Jerónimo, *Hystoria del magnánimo, valiente e inuencible cauallero don Belianís de Grecia: Libro Primero y Libro Segundo*, introducción, texto crítico y notas de Lilia E. F. de Orduna, Kassel, Edition Reichenberger, 1997. 2 vols. lxxx + i + 431 + 531 págs.

Con la publicación de este libro el lector contemporáneo tiene por fin acceso a una de las más conocidas obras de la literatura caballeresca renacentista, citado por numerosos autores del siglo XVI, entre los que se encuentra Cervantes. Efectivamente, el *Belianís de Grecia* es uno de los libros de caballerías que se salvan en el escrutinio que el barbero y el cura hacen en la biblioteca de don Quijote. El *Belianís* no sólo carecía de edición crítica, sino de cualquier tipo de edición actual, pues no había vuelto a ser publicado desde la época de su éxito. Se llena así una parte de la laguna que durante tanto tiempo ha empobrecido el conocimiento que el público de nuestro siglo ha tenido del género de los libros de caballerías.

La obra que acaba de comercializar Edition Reichenberger con el número 84 de su colección «Teatro del Siglo de Oro: Ediciones críticas», bien conocida por su calidad, es una edición crítica y anotada, precedida por una «Introducción» de sesenta y siete densas páginas. Al texto del *Belianís*, publicado en dos tomos que se corresponden con